

TRIBUNA ABIERTA

Leer



POR ANTONIO
NARBONA

Jamás ha sido cierto que una imagen valga más que mil palabras. Parece, en cambio, que empieza a haber algo de verdad en que el *valor* de miles de las que a diario se escriben/leen tiene muy baja cotización en bolsa

S en informes como el P[rogress in] I[nternational] R[eading] L[iteracy] S[tudy] nuestros escolares no quedan muy bien situados por lo que respecta a su *comprensión lectora*, nada tiene de extraño que en otros, como el *Skills Outlook 2021: learning for life*, en que se trata de evaluar su progreso posterior, los españoles actuales de 15 a 27 años queden a la cola de la Unión Europea. Ojalá el cambio radical que reclama el grupo de trabajo sobre Educación del plan denominado *España 2050* (que ha generado más chascarrillos que entusiasmos) arregle las cosas.

Como aprendí a leer con algún retraso, a trancas y barrancas, en una pequeña localidad de una Andalucía, la de mediados del siglo pasado, en que era altísimo el índice de analfabetismo, mi conciencia del extraordinario privilegio que supone dista mucho de la de quienes simplemente han ido a la escuela cuando les ha 'tocado'. Y, obviamente, en mi juventud, no se hablaba del 'estancamiento' de un proceso que casi no había arrancado. Por supuesto, a nadie se le ocurría prever (no digo ya 'programar') con tres décadas de anticipación.

La historia de la *escritura* propiamente dicha, de la que ciertas lenguas han ido disponiendo —en distintas etapas— desde hace aproximadamente unos cinco milenios, y cuyo salto cualitativo se produjo, gracias a la *impresión*, hace poco más de cinco siglos, no debería trazarse sin la de la *lectura*, aunque no sean paralelas. *Leer* ha constituido siempre la única o principal vía de acceso al conocimiento. Pero durante mucho tiempo ha estado al alcance de muy pocos. La inmensa mayoría no tenía contacto alguno con lo escrito, o, a lo sumo, a través de intermediarios lectores en voz alta.

La medición del grado de entendimiento de lo leído ha de tener en cuenta, no sólo las muy diferentes circunstancias de cada idioma en los diferentes momentos, sino también otras muchas particulares: entorno familiar, recursos humanos y materiales de los lugares en que se enseñaba a leer (y a escribir), habilidades personales (que pueden llegar a compensar no pocas carencias), tiempo dedicado a la lectura, qué se lee, etc.

Pero actualmente ha de prestarse especial atención a algo que, pese a no ser 'cuantificable', quizás acabe siendo lo más relevante: la propia *forma de leer*. El proceso lineal, secuencial y proposicionalmente se está viendo suplantado por una especie de 'observación global', a vista de pájaro. Lectores apresurados ('entrenados' por un constante bombardeo de 'mensajes' —a menudo, hasta con el número de caracteres tipográficos limi-

tado— sobre lo cotidiano e inmediato) se 'saltan' cuanto intuyen que es 'paja' prescindible, y se conforman con 'adivinar' el contenido, que a veces resulta ser marginal, no nuclear. El carácter *textual* de bastante de lo que se escribe se recorta, porque se sabe que muchos lectores no van a pasar de los 'titulares'. El 'descifrado' de lo así 'leído' está en las antípodas de la *lectura* que permite adentrarse en lo fundado o no de argumentos y razonamientos encadenados.

Son imprevisibles las consecuencias de esa 'no-lectura', que posiblemente termine por incidir en la redistribución del tiempo y de los intereses, y —en casos extremos— provoque algún trastorno. Mucho se habla hoy de la 'cultura del esfuerzo', pero parece extenderse la idea de que no merece la pena hacer el requerido por la auténtica *lectura*, al 'comprobarse' que con mensajes breves, contundentes y desestructurados se alcanza lo que se persigue, y hasta se ganan elecciones.

La cuestión crucial ha dejado de ser, por suerte, la superación del analfabetismo, la más mutiladora de las esclavitudes, si se deja a un lado la condición de *esclavo* en sentido estricto. Pero, paradójicamente, cuando (casi) todo el mundo puede leer, se lee más que nunca, nos llega al instante lo que se escribe en cualquier sitio del mundo, y, a su vez, lo que decimos puede ser 'transcrito' y casi simultáneamente leído por un número



ABC

ro no siempre controlable de destinatarios, etc., lo que empieza a preocupar es que la actividad siga permitiendo acceder al *saber*, es decir, cómo evitar el riesgo de que quede convertida en algo estéril de lo que no se obtiene ninguna *lección* (voz también derivada de LEGERE).

Hay más. Tanta facilidad para captar (y transmitir) secuencias legibles puede contribuir a anquilosar los mecanismos mentales y atrofiar la capacidad de abstracción y de organizar verbalmente los pensamientos. El número de los que se sirven de la lengua para la (auto)crítica no se ampliaría al ritmo en que lo hace el de quienes no la 'necesitan' más que como herramienta para lo práctico y efímero.

Jamás ha sido cierto que una imagen valga más que mil palabras. Parece, en cambio, que empieza a haber algo de verdad en que el *valor* de miles de las que a diario se escriben/leen tiene muy baja cotización en bolsa.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA